

OLGA COSTA

APUNTES DE NATURALEZA  
1913-2013



MORELOS

CONACULTA

INBA

MUSEO DEL PALACIO DE BELAS ARTES

CREDIT SUISSE

**OLGA  
COSTA**



# OLGA COSTA

## APUNTES DE NATURALEZA

### 1913-2013

OLGA COSTA  
APUNTES DE NATURALEZA  
1913-2013

© TEXTOS / TEXTS BY  
Juan Rafael Coronel Rivera  
Raquel Tíbol  
Deborah Dorotinsky

© TODAS LAS OBRAS REPRODUCIDAS /  
ALL WORKS AND THEIR REPRODUCTIONS  
xx

© FOTOGRAFÍA / PHOTOGRAPHY  
Rafael Doniz  
Agustín Estrada  
Pablo Esteva

IMAGEN DE PORTADA Y CONTRAPORTADA /  
FRONTO COVER IMAGE  
SANDÍAS, 1971 CAT.

DISEÑO / DESIGN  
Taller de comunicación gráfica

COORDINACIÓN Y CUIDADO EDITORIAL /  
EDITORIAL COORDINATION  
Evelyn Useda  
Víctor Mantilla  
Daniela Matute  
Raymundo Silva

CORRECCIÓN DE ESTILO / PROOFREADING  
Roberto Pliego  
Víctor Mantilla

TRADUCCIÓN / TRANSLATION  
Fionn Petch

PRIMERA EDICIÓN 2013 / FIRST EDITION 2013

© Instituto Nacional de Bellas Artes /  
Museo del Palacio de Bellas Artes  
Av. Juárez 101  
Centro Histórico  
C.P. 06040  
Delegación Cuauhtémoc, México, D.F.  
[www.palacio.bellasartes.gob.mx](http://www.palacio.bellasartes.gob.mx)

Primera edición, diciembre 2013 / First Edition, December 2013  
México, D.F. / Mexico City

ISBN Instituto Nacional de Bellas Artes: XXXXINBA

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del © Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced in any form or by any means without the prior written permission of the © Copyright owners. Misuse of this publication is liable to prosecution.





EN ESTE 2013, EL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES PROPONE HACER DEL MUSEO del Palacio de Bellas Artes el centro de un gran homenaje a Olga Costa con motivo del centenario de su nacimiento. Homenaje a una artista que, sin haber nacido en México, dejó huella en el país a través de su arte, de su fascinación por nuestra cultura y de la significativa labor que realizó al fundar galerías y sociedades artísticas, espacios de conjunción y actividad para los creadores de su tiempo. Una artista en la que podemos comprobar que el trasvaso de una cultura a otra aporta siempre nuevos elementos de enriquecimiento originados, justamente, en esa interacción.

La exposición *Olga Costa. Apuntes de Naturaleza 1913-2013* celebra la presencia en la cultura mexicana de esta creadora alemana de origen ruso. Olga llegó a nuestro país a la edad de doce años y, a partir de ese primer encuentro, el vínculo con México se fue fortaleciendo hasta quedar profundamente arraigado en ella, lo mismo en su expresión plástica que en su visión del mundo. Ella misma relató en diversas ocasiones la fascinación que le produjo tocar tierras mexicanas; cautivada por los olores, los colores, el paisaje y la gente afirmaría: “no me costó ningún trabajo entenderme con la gente [...] creo que he captado mucho a México”.

Gracias a su padre—violinista, compositor y director de orquesta—Olga Costa entró en contacto con el arte desde muy temprana edad, pero no fue sino hasta 1933 que formalizó su inserción en el campo de la pintura al ingresar en la Escuela Nacional de Artes Plásticas, bajo la tutela del pintor Carlos Mérida; maestro y amigo para quien nuestro país también fue un enclave de vigoroso ejercicio plástico dónde desarrollar una obra personal, y quien dio a Olga Costa el sobre nombre de “el ángel blanco de la pintura”.

La búsqueda de Olga Costa por definir su identidad plástica, en un contexto en el que la mujer se abría paso, se expresa en las páginas de este libro que no busca sino reconocer una propuesta estética que ha trascendido en el tiempo.

Con emoción recordamos que la Edición del XVIII Festival Internacional Cervantino, en 1989, fue el marco del primer y único homenaje que se le rindió en vida a una de las coloristas más destacadas de la historia de nuestra pintura, Premio Nacional de Ciencias y Artes. El éxito de esta exposición llevó a que, un año más tarde, el Museo de Arte Moderno del Instituto Nacional de Bellas Artes organizara una muestra individual.

Veintitrés años después de que el público mexicano conociera de forma directa y se interesara por el universo plástico de Olga Costa, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes realiza *Olga Costa. Apuntes de Naturaleza 1913-2013*, una muestra que trasciende la conmemoración para franquear la obra de esta artista a la reinterpretación, para abrirla a nuevos derroteros que diluciden su legado en el presente.

Rafael Tovar y de Teresa

Presidente

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES



EL MUSEO DEL PALACIO DE BELLAS ARTES ABRE SUS PUERTAS A LA OBRA DE OLGA COSTA A LOS veinte años de su fallecimiento y a los cien de su natalicio. Antes se la había visto en sus salas sólo en exposiciones colectivas, como aquella, ahora legendaria, en que 45 artistas mexicanos comparecieron ante el público con un autorretrato y una confesión por escrito. El autorretrato de Olga refrendó el interés que ya se había despertado entre el público por sus creaciones encendidas de colorido.

*Olga Costa. Apuntes de naturaleza, 1913-2013* es una muestra que se ha empeñado en revelarnos a una artista excepcional. Su obra, *La vendedora de frutas*, cuadro conocido internacionalmente, es hoy ícono de nuestro Museo de Arte Moderno e, incluso, de nuestro arte moderno mismo.

*Apuntes de naturaleza* es, en consecuencia, una exposición que se ha propuesto revelarnos a una artista, si no del todo distinta, sí más rica, más compleja y más propositiva que aquella a la que nos habíamos venido acostumbrando. Una artista que evoluciona, que realiza su potencial, pero que se mantiene fiel a sí misma. El texto confesional que acompañó a su autorretrato fue su arte poética: “Sé qué difícil es producir con los elementos escuetos de la Naturaleza; pero también sé qué permanente emoción producen, fuera de toda moda banal, las obras inspiradas en la honrada emoción de reproducir lo que se ve.”

Del México que pasó por su refinada vida interior es de lo que tratan los ensayos aquí incluidos: el de Juan Rafael Coronel Rivera, desde luego, el de Raquel Tibol, y el de Deborah Dorotinsky, a quienes, en nombre del Instituto Nacional de Bellas Artes les expresamos nuestro más sincero reconocimiento. Nuestra gratitud para los coleccionistas de México y Estados Unidos, y las instituciones que proporcionaron obra para la muestra: el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, la Galería de Arte Mexicano, el Museo Soumaya, el Museo de Arte Moderno y, muy especialmente, al Museo Olga Costa y José Chávez Morado por desprenderse temporalmente de su acervo.

Con esta exposición, el Instituto Nacional de Bellas Artes ofrece al público y a los estudiosos del arte mexicano una nueva perspectiva para el gozo y el estudio de esta artista mexicana, cuya obra es fundamental para entender los movimientos artísticos del siglo XX.

María Cristina García Cepeda  
Directora general

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTE



EL MUSEO DEL PALACIO DE BELLAS ARTES PRESENTA POR PRIMERA OCASIÓN A LA ARTISTA Olga Costa, con motivo de conmemorar los cien años de su nacimiento. La exposición *Olga Costa. Apuntes de Naturaleza 1913-2013* se despliega en las cuatro salas del segundo piso de este recinto; con una selección de setenta y dos piezas, entre pinturas y dibujos, oportunas para conocer su trayectoria, así como su proceso ideológico y creativo.

La artista distinguida con el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el Campo de las Bellas Artes en 1990, descubrió en el arte un medio en el cual plasmar su visión e interpretación de México. Los paisajes, las flores, los frutos y las costumbres mexicanas, se convirtieron en los temas y motivos inagotables en sus creaciones.

En una época en el que la producción artística en México se vio teñida por la política, la obra de Olga se distinguió por una actitud reticente hacia la representación de dichos temas. Al igual que sus contemporáneas Frida Kahlo o María Izquierdo, encontró en la exploración de otros géneros infinitas posibilidades de experimentación y modos de representación.

El presente volumen, además de ser memoria de la muestra homónima, busca profundizar en el universo de Olga Costa rindiéndole homenaje por vía de su estudio y del trabajo de plumas destacadas.

Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a todos los coleccionistas e instituciones, nacionales y extranjeros, que colaboraron e hicieron posible la realización de este proyecto. Asimismo, mi reconocimiento a Juan Rafael Coronel Rivera por la curaduría realizada.

Sirvan estas páginas para valorar la evolución, durante casi cinco décadas, de una creadora y su estilo.

Miguel Fernández Félix  
Director  
MUSEO DEL PALACIO DE BELLAS ARTES



EL INSTITUTO DE CULTURA DE MORELOS SE COMPLACE EN FORMAR PARTE DEL PROYECTO en homenaje a Olga Costa *Apuntes de naturaleza*.

Para el Estado de Morelos la pintora nacionalizada mexicana es entrañable dado que su único mural se encuentra en el Estado. En Cuautla en el balneario de Agua hedionda este mural cubre unos de los muros con un grupo de sirenas tocando instrumentos musicales; se trata de una obra realizada en mosaico italiano, de gran importancia en la trayectoria plástica de Costa, y de gran valía para el arte y la cultura tanto del estado como de nuestro país.

Asimismo, colaborar estrechamente con el Instituto Nacional de Bellas Artes y, en particular, con el Museo del Palacio de Bellas Artes, forma parte de las iniciativas que el Centro Cultural Jardín Borda ha llevado a cabo para difundir y enaltecer el arte nacional y del estado, con artistas y muestras que enriquezcan la propuesta cultural de Morelos.

Costa, cien años después de su nacimiento, es una artista de gran importancia; su obra tiene la particularidad de ser relevante tanto para el ámbito de la plástica de la llamada Escuela Mexicana como dentro del arte contemporáneo posterior a ella y más allá –como dijo a su muerte Juan Soriano– de “escuelas y tendencias”.

De parte del Instituto de Cultura de Morelos deseamos extender a los involucrados en el proyecto, en especial a Raquel Tibol, Deborah Dorotinsky y Juan Rafael Coronel Rivera, nuestro reconocimiento por su trabajo; a ellos, así como a todos los trabajadores y coleccionistas que hicieron posible la muestra y el presente volumen.

Cristina Faesler Bremer  
Secretaria de cultura  
ESTADO DE MORELOS



# NOTAS SOBRE EL LIENZO

Juan Rafael Coronel Rivera

# F

UNDAMENTOS.

A veinte años de su muerte, en el contexto actual de las artes visuales, ¿qué hace importante a Olga Costa? Para responder a esta pregunta debemos hacer un análisis e indagar sobre aquello que la llevó a la creación artística.

Olga Costa, hija del violinista y compositor —ahora fundamental— Jacobo Kostakowsky, cuyo nombre original fue Jacob Kostakoff Kostakowsky Shapiro, tuvo una adolescencia estructurada a través de la apreciación y el estudio de la estética. Estos conocimientos, dentro del ambiente familiar, se definían bajo la premisa de que para consumir su trascendencia era necesario establecer una conexión indispensable con el público, entendido como las masas, y la posibilidad de que éstas, a través de sus mecanismos cognitivos, lograran —y ese era el fin último—, tener una mejor calidad de vida. Debíó oír estos postulados filosóficos desde niña, pues su padre tenía claras inclinaciones por la doctrina y la docencia, una vocación que lo condujo a escribir algunos textos sobre cómo debía desarrollarse el acercamiento al arte. El músico judío, nacido en Odesa, Rusia, escribió:

Las bellas artes son expresiones íntimas del hombre, son demostraciones que no se pueden acallar por medio de explotación o ametralladoras. Brotan por sí solas como manantiales de la tierra. ¿Cómo aprovechar esas expresiones para el bien de todos? ¿Cómo darles a todos los pueblos una vida por vivir? ¿Cómo darle al hombre cultura *material* y *espiritual* y que no vea la riqueza que lo rodea, sino [en] la *naturaleza* que lo ayuda, la posibilidad de una vida mejor? ¿Cómo dárselo? ¿Acaso por medio de enseñarle al mismo tiempo el socialismo y las bellas artes?¹

A lo que Olga Costa contestó ya en la madurez:

Me gustaba pintar pero de ahí a ser pintora sentía yo que había un gran trecho. En realidad estaba en el umbral y me sentí comprometida a dar el paso delante por los artículos que José Revueltas y varios críticos escribieron a raíz de mi primera exposición individual en 1945, a invitación de Inés Amor. Empecé entonces a aspirar a ser pintora y permanecer fiel a la corriente de la pintura mexicana, pero con un estilo muy propio. Carlos Mérida decía que

¹ Olga Picún, Archivo musical Jacobo Kostakowsky, UNAM / IIE, México, 2003, p. 45.



yo era el ángel blanco de la pintura mexicana pues mi pintura jamás fue de compromiso. La gran mayoría de los pintores mexicanos se dejaban seducir por corrientes extranjeras que no tenían nada que ver con ellos y empezaron a atacar la pintura mexicana; su contenido nacionalista molesta aún hoy a los que dominan los mercados de la pintura.<sup>2</sup>

Olga construyó su trabajo a partir de una pintura apegada a una visión derivada de los axiomas de la “corriente de la pintura mexicana”, que tenía un contenido comunitario ligado a las ideas socialistas establecidas en México desde la década de 1920. Lo anterior muestra que su posición artística se fundamentó desde su infancia, y que consideró y puso en práctica las ideas socialistas de su padre en relación al arte. Resulta necesario observar dichas ideas desde su origen, pues Kostakowsky las concibió durante sus años de vida en Europa, especialmente en Berlín; y no debemos dejar pasar su conexión con los planteamientos propuestos por la escuela de la Bauhaus, inaugurada en esa ciudad en 1919. En coincidencia, estas mismas características fundacionales, lo colectivo y comunista, también cimentaron al movimiento moderno propuesto en México durante la primera mitad del siglo xx,<sup>3</sup> lo que facilitó a Olga establecer un tránsito natural con el país dada su ideología.

Desde mi punto de vista, la sinergia elemental que se establece con la sociedad durante el tiempo de influencia de la Escuela Mexicana se consuma a través del indispensable programa educativo desarrollado a lo largo de su periodo de influencia, y sin el cual resultaría imposible entender el éxito de la implantación de sus postulados filosóficos. De manera aleatoria, puedo establecer este lapso entre 1913 y 1946 —fechas que marcan la fundación de la primera Escuela de Pintura al Aire Libre y la consolidación de la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda—. En este periodo se crearon planteles y programas —como las Misiones Culturales— dirigidos a fomentar el estudio y la práctica de las artes plásticas en todas sus modalidades, con planes anclados en tres factores primordiales: la excelencia del cuerpo docente, la gratuidad y la preponderancia del beneficio educativo del proletariado, sacrificando el usufructo político; un escenario sin precedentes en el continente americano y una circunstancia que no se ha vuelto a repetir en ningún lado a esa escala. Los hechos anteriores, cabe señalar, no han sido estudiados en su excepcional dimensión. Traigo todo lo anterior al texto para tomar en consideración un hecho importante, el que Olga Costa se “hace pintora” cuando viaja con otros tres artistas —Francisco Gutiérrez, Feliciano Peña y su marido José Chávez Morado, con quien recién había contraído nupcias—, para fundar en Jalapa, Veracruz, la Escuela Popular de Pintura en 1936. Cuenta la artista:

Volví a ver a José y en 1935 nos casamos. Entonces fue cuando realmente empecé a pintar, contrariamente a lo que sucede a todas las mujeres casadas que dejan toda actividad para atender su casa. Feliciano Peña, Francisco Gutiérrez, José y yo nos fuimos a Jalapa donde los tres primeros pintaron murales en la Escuela Normal de esa ciudad y luego dieron unas clases de pintura, algo que nunca me llamó la atención. Jalapa era entonces una maravilla: su paisaje, su campo invitaban a pintar. Trabajábamos con muchas limitaciones; recuerdo que en una sola mesa pintábamos los cuatro y compartíamos pinturas y pinceles.<sup>4</sup>

Una vez reunidos todos los datos anteriores, podemos contestar la pregunta inicial del texto. Lo importante en la labor pictórica de Olga Costa se da en varios planos. El primero radica en la legitimidad vivencial que la lleva a dedicarse a esa disciplina, ya que su elección inicial fue la música, que abandona una vez comprendido que su método de expresión es el visual. Ella toma esta opción por una necesidad innata a manifestarse a través de las artes y no como una consecuencia derivada de la moda social del momento. Esto le da a su producción un origen asentado en la autenticidad

<sup>2</sup> Jorge Labarthe, Imágenes [Una entrevista a Olga Costa], en la revista Pretextos, Centro Guanajuatense de Escritores, año I, número 5, 15 de marzo de 1986, pp. 13-14.

<sup>3</sup> En este punto debemos tomar en cuenta que los matices ideológicos de la izquierda, así como los parámetros con los que se fundaron las agrupaciones políticas y culturales de este periodo, fueron muy diversos y sólo señalo, de manera muy básica, que se inclinaron por establecer un beneficio en pro del proletariado con una guía marcada por las ideas mencheviques, bolcheviques, leninistas y trotskistas, entre otras, situaciones de las que estoy consciente pero no son el tema de este texto.

<sup>4</sup> Jorge Labarthe, op. cit., p. 13.

expresiva, característica claramente apreciable en todos los periodos estilísticos por los que transita, mediante los cuales busca establecer un discurso visual que nos presente las inquietudes propias y humanas del momento. La otra postura significativa dentro de su desarrollo artístico se da cuando elige un determinado estilo de expresión al cual llama “corriente de la pintura mexicana”. Por su condición extranjera y debido a su educación cultural y artística, Olga estaba al tanto de lo que pasaba en el mundo de las artes plásticas, cuando en 1936 finca su compromiso con la creación pictórica. En ese entonces eran muchas las corrientes en desarrollo y los estilos de moda internacionales gozaban de una amplia difusión en México, donde libros, revistas y periódicos daban cuenta de lo que planteaba la vanguardia, sobre todo en Francia, donde se establecía el concepto de innovación. En estos años la corriente más atractiva era el surrealismo, entendido como uno de los métodos expresivos más avanzados. A Olga le hubiera sido natural determinar su estilo pictórico dentro de esta modalidad—que practicó de manera consciente—, pero optó por el movimiento moderno propuesto en México, debido a que éste contenía los dos postulados filosóficos que ella consideraba importantes: el social y el político.

Ahora que el arte contemporáneo—una expresión globalizada—dicta las tendencias artísticas mexicanas, considero indispensable recapitular algunos de los principios que Olga Costa consideró esenciales para desarrollar un discurso visual. Es por estos postulados, los de vigencia sustancial, que sus creaciones son importantes, pues ponen en la mesa de las ideas y los argumentos el hecho de que las artes visuales en México han descuidado situaciones fundamentales como su difusión masiva en beneficio de la sociedad. De lo contrario se asegura implícitamente que las manifestaciones culturales tienen sólo un perfil elitista. Otro tema que debemos considerar es que las creaciones culturales han sido absorbidas por el sistema económico que las considera parte de los activos contables; esta cuestión del todo perversa ha limitado las posibilidades expresivas de los artistas, quienes responden a un determinado gusto mercantil. Lo último que nos debería interesar del arte es cuánto vale. Lo ontológico y fundacional de su concepción es la argumentación filosófica, que nos permite observar, definir, cuestionar y analizar el momento cognitivo por el que atraviesa el ser humano, además de sus vínculos con el placer llano.

Olga Costa era una mujer de izquierda, y tenía claro que el arte debía estar sustentado en un devenir socialista, pero tampoco cerraba los ojos ante el fenómeno mercantil. En su época había artistas que elegían a su clientela, como Xavier Guerrero, quien prefería no comercializar una de sus obras, aun ante las carencias más extremas, si iba a dar a manos de un cliente burgués mal intencionado. Olga Costa comprendía que parte del fenómeno creación-exhibición estaba marcado por el mercado y su sistema de promoción. No era ingenua, y deja verlo cuando comenta:

Tengo la impresión de que muchas [galerías] no pagan lo que deben. En mi caso luego me doy cuenta que vendí un cuadro muy barato. El problema conmigo es que me da pena vender mi creación, andar preguntando con otros pintores para saber a cómo venden. Por eso prácticamente les doy los porcentajes que me piden; pero prefiero que las galerías vendan mis cuadros y no yo.<sup>5</sup>

Está claro que en todos los sistemas de producción establecidos por el hombre para darle un marco laboral a su devenir cultural, el mercado, desde el patrocinio estatal comunista hasta los denominados *art investment portfolio of assets*, tiene mecanismos efectivos para mercantilizar los bienes artísticos. El problema es que en la actualidad el mercado capitalista es el que regula los contenidos y las condiciones

<sup>5</sup> Javier Aranda Luna, “Para mí la pintura empezó como un juego: Olga Costa”, en *La Jornada*, México, 31 de octubre de 1989, p. 20.



de venta de los productos intelectuales, lo cual no permite a las artes plásticas analizar el tremendo daño que esto provoca. Las artes visuales, los artistas, han perdido casi por completo su independencia creativa y, sobre todo, la contestataria, que por milenios marcó su evolución. Si el análisis visual no se sustenta en un examen profundo de la realidad, lo que le queda es significarse como un mero bibelot. La postura de Olga Costa era la correcta, pues pintaba lo que quería y el mercado respondía a su excelencia plástica.

Por último, aunque pueden establecerse otras aportaciones de Olga Costa, sobre todo de corte estético y que veremos más adelante, me interesa tocar el asunto del “contenido nacionalista”. El arte contemporáneo ha logrado fundar una serie de preceptos cardinales, y sin duda hay un desarrollo estético en su devenir; también cuenta con grandes talentos y tiene una cobertura universal, debido a que aun en los países menos impactados por la hegemonía de Occidente se practica una compleja modalidad creativa. Durante los primeros 50 años del siglo xx, Olga Costa y un centenar de creadores de todas las nacionalidades lograron asimilar una visión artística nacida en Europa y adaptarla a una situación concreta, lo que los llevó a fundar los primeros movimientos modernos que el continente americano aportó al arte occidental —el muralismo y el indigenismo—, de los cuales Olga fue partícipe. En la actualidad, México ocupa un lugar importante en la plástica, pero esto no ha servido para lograr imponer una acción de la magnitud que durante el periodo moderno se llevó a cabo con la fundamentación del muralismo mexicano. Esto se debe a que la relatoría teórica del arte contemporáneo le impide a los artistas movilizarse en dicha dirección y permite observar lo castrante de sus paradigmas. Lo que Olga Costa hizo al seleccionar una determinada corriente no patrocinada por las metrópolis culturalmente dominantes, habla del gran carácter liberal que sustenta su obra. Dicha situación se debería emular, pues será ésta la única manera de proponer un perfil innovador, equiparable al que se desarrolló en la primera mitad del siglo xx. Olga Costa señala lo siguiente en relación a las propuestas estéticas de los artistas mexicanos que trabajaron en el periodo de la postguerra, agrupados bajo el nombre de Ruptura:

Los que quisieron romper con la Escuela Mexicana de Pintura lo han logrado, mas no han encontrado el camino nuevo. [...] Hoy día los pintores han perdido mucho del amor a la patria que tuvieron los pintores de la Escuela Mexicana de Pintura. Se van al extranjero, no sé para qué, y sólo han creado una especie de confusión. [...] Lo que los jóvenes deben hacer es ponerse a trabajar y no estar pensando en exhibir o hacerse propaganda, lo cual me parece patético.<sup>6</sup>

Ahora que los artistas más jóvenes de la llamada Ruptura cuentan con más de setenta años, podemos afirmar que sus propuestas están prácticamente concluidas. No dudo que Fernando García Ponce (1933-1987) o Vicente Rojo (1932) sean creadores fundamentales, pero su movimiento no aportó al arte internacional un perfil innovador con influencia en la manera de percibir el mundo, sino que continuó una propuesta generada en Estados Unidos, sin modificar los contenidos conceptuales y propositivos, como sí lo hizo el grupo anterior de artistas mexicanos dentro del arte moderno. A eso se refiere Olga Costa, y es un hecho incuestionable. Si colocamos a García Ponce y Rojo en el contexto correspondiente y los comparamos con sus pares Frank Stella (1936) o Jasper Jones (1930), podemos ver cómo en el extranjero sus obras no forman parte de los guiones curatoriales, ningún espacio los incluye en el devenir cultural del mundo, como sí sucede con la llamada Escuela Mexicana. Y quiero dejar claro que, en lo personal, la obra de Vicente Rojo me parece más propositiva que la de Frank Stella.

Al recapitular todo lo aquí escrito se nos presenta el gran interrogante. ¿El arte contemporáneo mexicano correrá la misma suerte? En este momento, ¿es probable que un grupo significativo de talentosos artistas locales, quienes trabajan dentro de esa estética y tienen una atención internacional sin precedentes desde el planteamiento del muralismo mexicano en 1921, sean capaces de

<sup>6</sup> Verónica Espinosa, “Los que rompieron con la escuela mexicana de pintura no han encontrado caminos nuevos”, en Unomásuno, México, 14 de enero de 1990, p. 23.

inscribirse de manera definitiva en la línea de tiempo cultural de los museos, con una propuesta que logren imponer a nivel internacional, y la cual traiga como consecuencia el desarrollo de un movimiento que modifique los conceptos del arte como lo hicieron los artistas mexicanos del periodo moderno? Esa es la pregunta formulada por Olga Costa, y por eso resulta necesario revisar sus planteamientos estéticos. El dedo está puesto en la llaga. Ahora tomemos en cuenta las afirmaciones de Sergio Pitol cuando hablaba de Olga:

En el arte [...] la resta no se produce. No porque predique la inmovilidad, pues eso equivaldría a su muerte. Pero ningún paso nuevo elimina las etapas anteriores, aunque al momento de producirse así lo parezca. Cada generación niega a su antecesora, se revuelve contra sus módulos, se encarniza con su poética. A la larga desaparecen los vociferantes de ambos bandos. La memoria los borra sin misericordia. Queda sólo un puñado de personalidades creadoras. La lucha entre clásicos y románticos es por fortuna eterna.<sup>7</sup>

## II. UN NOMBRE Y UN TÍTULO

Olga Kostakowsky Fabrikant nace en Leipzig, Alemania, el 28 de agosto de 1913. Llega a México en 1925 y curiosamente no se nacionaliza —por naturalización con el certificado 221— sino hasta el 8 de febrero de 1947. La filiación con la que es descrita en un pasaporte expedido el 20 de agosto de 1959 dice: “Estatura 1.56 MTS./ Color Blanco/ Ojos Azules/ Pelo Castaño/ Ocupación Pintora/ Estado civil Casada”.<sup>8</sup>

A lo largo de su vida fue modelando su personalidad, su carácter y su nombre. Sus primeros años transcurrieron en lo que ella describió en pocas palabras, algunos renglones que nos permiten ver a una familia judía marginada por la guerra. Su educación fue rigurosa, solitaria, regida por la pobreza. Cuenta:

A veces pienso que soy como la niña que no tuvo infancia porque eso de tener piedras, animales, pedazos de tronco... Mi primera colección [en Berlín] fue de gusanos, de esos peludos, preciosos, y llené unas cajetillas vacías con ellos. Lograron salirse y a uno se le ocurrió meterse en un vestido de mi mamá, de gasa negra. Se puso furiosa y no sé si me dio unas nalgadas pero dejé de coleccionar gusanos.<sup>9</sup>

En otra entrevista, puntualiza:

Toda mi vida he estado guiada por sentimientos estéticos. Recuerdo que en Berlín, cuando niña, me encantaban los gusanos de brillantes colores que aparecían en la primavera. De entonces data también mi afición por las colecciones. Pero tal vez lo más significativo es el recuerdo de preferir una flor a un chocolate, que tanto me gusta.<sup>10</sup> (...) Nací en Leipzig y pasé mis primeros once años en Berlín, ciudad gris como muchas ciudades europeas. Le confieso que aunque existen algunas interesantes y con museos magníficos no me quedaría a vivir en ninguna por la falta de luz y color.<sup>11</sup>

A Cristina Pacheco le platica cómo transcurrió su niñez en los años de la posguerra:

[En Alemania] no dejé nada, es decir nada que valiera la pena extrañar. Por el contrario, me alegró salir de aquello, abandonar para siempre la odiosa escuela rígida, prusiana. Allí nuestros

<sup>7</sup> Sergio Pitol, Olga Costa, Ediciones La Rana, Serie Artistas de Guanajuato, México, 1998, p. 5.

<sup>8</sup> Datos tomados del documento original, que se encuentra en el archivo de Marfa Chumacero.

<sup>9</sup> Elena Urrutia “Autorretrato hablado de Olga Costa”, En el catálogo Olga Costa. Exposición homenaje, XVII Festival Internacional Cervantino, Guanajuato, 1989, p. 31.

<sup>10</sup> Jorge Labarthe, op. cit., p. 15.

<sup>11</sup> Javier Aranda Luna, op. cit.

maestros eran unos verdaderos soldados, los salones olían mal, jugábamos en un patio triston que tenía un arbolito del grosor de mi dedo. Las clases eran pavorosas, toda falta de disciplina se castigaba con reglazos en las manos. ¿Iba a extrañar aquello? [...] Las cosas se complicaron cuando estalló la revolución en Alemania. Mi padre participó en ella y el resultado fue que lo llevaron al campo de concentración, infinitamente más humano que los que se vieron luego en la Segunda Guerra Mundial, y estuvo a punto de ser fusilado. [...] [No recuerdo dónde estaba mi casa] pero sé que estaba en el centro. Nosotros vivíamos en cuartos amueblados porque no había casas para alquilar. En plena guerra no se construía. La nuestra estaba tapizada con papel estampado de flores amarillas. Tenía ventanas que daban a la calle. Esas ventanas eran para mí una tentación y un misterio: por un lado sentía un deseo inmenso de asomarme a ellas; por otro me lo impedía el temor que me provocaba una frase: “Si te asomas te pueden volar la cabeza”. Toda la curiosidad se me despertaba cuando oía que me podían volar la cabeza. [...] Mi curiosidad fue más grande que mi temor y muchas veces me asomé a la ventana. Recuerdo haber visto a un soldado, tras cajones de arena, metiendo la boca de su fusil entre las tablas para hacer un disparo y recuerdo, naturalmente, el sonido del disparo.<sup>12</sup>

Olga Costa se veía a sí misma como una “pesimista”, hecho reiterado en muchas de las entrevistas que dio, pero curiosamente en sus textos, y sobre todo en su pintura, no hay un gusto por el drama; incluso en sus lienzos más funestos, como *Niño muerto* de 1944, la fatalidad se asume como un trance en el que la renuncia termina siendo la cura. Y quizás es ahí donde encontramos la clave de su devenir, guiño que nos explica de manera muy clara con ese recuerdo recurrente de las orugas, que si bien tiene un contexto fálico, tiene otro ligado también a la sensualidad. Los inviernos, las ciudades melancólicas, sólo tenían un perfil gustoso: la primavera, ese periodo de resurrección. Si bien recordamos, las orugas y su mutación en mariposas es una de las alegorías de cambio y renacimiento más arraigadas en el inconsciente humano. Olga refiere la metáfora:

Arrodillados frente a frente, un hombre y una mujer jóvenes se besan, mientras una enorme mariposa flota como por ensalmo sobre el arbusto en flor, un recordatorio de la liberación erótica y el embeleso del dulce néctar del primer amor. Desde la Antigüedad, el significado de la mariposa, *psyche*, no sólo ha sido el misterio de las metamorfosis físicas, sino también las más bellas trasmutaciones del alma.<sup>13</sup>

Olga esperaba un cambio, se identificaba con las orugas en espera de ser crisálida y su metamorfosis se dio a bordo del barco que la depositó en el puerto de Veracruz en 1925, donde renunció a su pasado. Pero el ADN siempre está puro, fósil que a todos nos arropa como tilma, esa donde apareció la Virgen. Cierra Sergio Pitol:

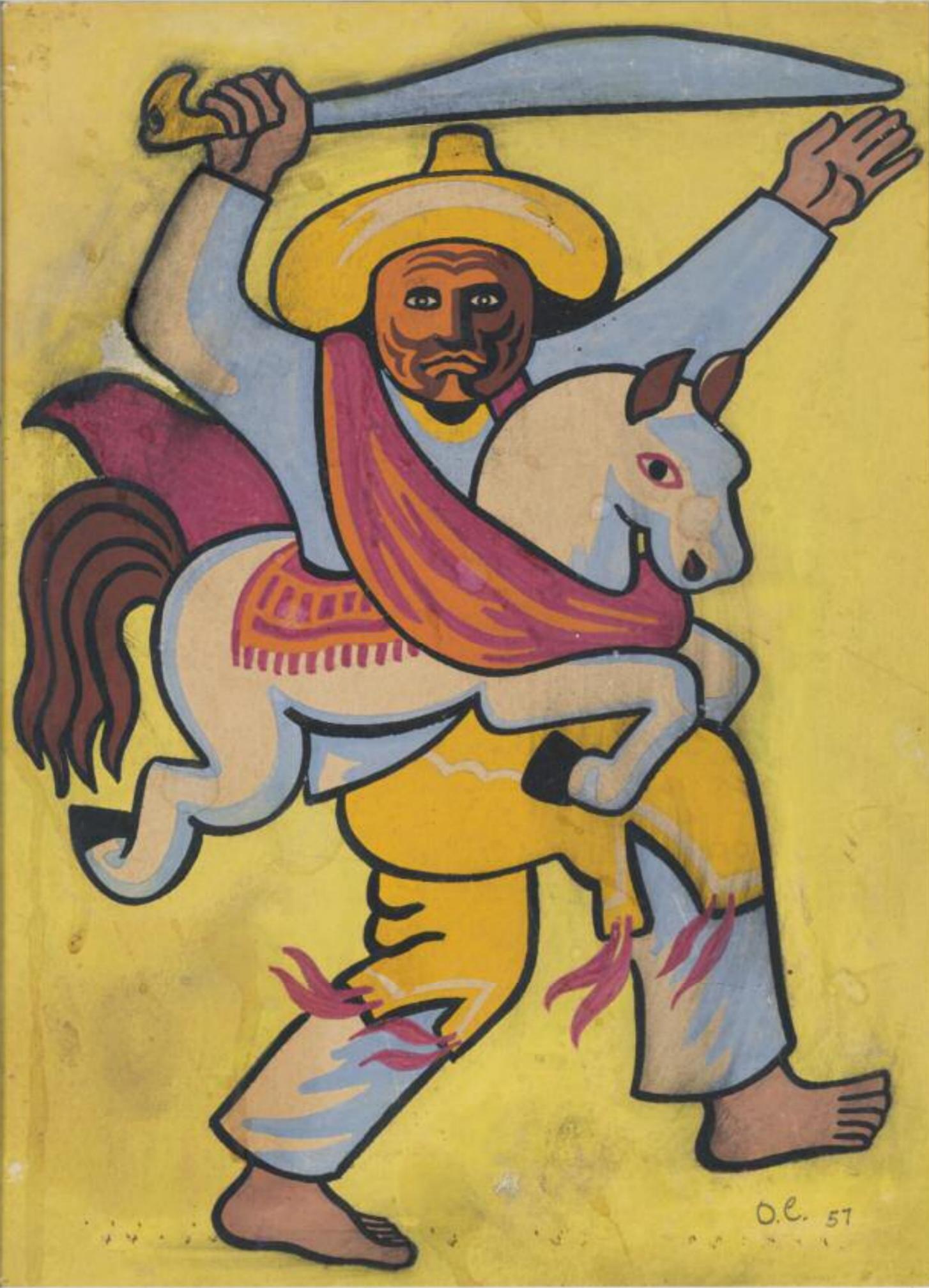
Sentada en el centro de ese paraíso arduamente organizado, me habla de su infancia, de su calle gris al anochecer donde la nieve se ha convertido en fango. Un soldado al que ilumina la mala luz de un farol apunta hacia una ventana y dispara. Olga levanta la mirada como en busca de esa ventana; yo la sigo y mis ojos tropiezan con unas flores que, me lo ha explicado un poco antes, pertenecen a la familia de las suculentas. Más allá se levanta la Bufo. ¿Qué ve?, ¿en qué piensa? ¿Sigue recordando al soldado alemán arrodillado en una nieve fangosa con un revólver en la mano? ¿O el río cercano a Jalapa donde los muchachos nadan desnudos en medio de flores gigantescas?<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Cristina Pacheco, *La luz de México. Entrevistas con pintores y fotógrafos*, FCE, México, 2005, pp. 177, 179-180.

<sup>13</sup> Ami Ronnberg y Kathleen Martin, *El libro de los símbolos. Reflexiones sobre las imágenes arquetípicas*, Taschen, China, 2011, p. 234.

<sup>14</sup> Sergio Pitol, “Las flores del desierto y un croto tropical”, en *México en el Arte*, Nueva Época, INBA-SEP, México, verano de 1983, p. 19.





Cuenta:

En 1925 llegué de Alemania en donde nací, de padres rusos. Llegué a México de una edad, la pre-adolescencia, en que uno es muy tonto y, sin embargo, sí se captan muchas cosas. Era la época de la posrevolución y todavía no se había calmado nada. A cada rato se provocaban descarrilamientos de trenes”.<sup>15</sup>

Y embelesada, narra:

Llegamos a Veracruz en plena huelga de inquilinos. La ciudad estaba cubierta de banderas rojinegras. Para mí todo era distinto; las casas con ventanas de madera pintadas de verde, el aspecto de la gente, los balazos al aire al anochecer, el cielo que por momentos negreaba de zopilotes, los insectos, el pan. La primera vez que entré al baño descubrí en la tina una inmensa tarántula negra. Todavía recuerdo a la sirvienta del hotel; era alta, flaca y llevaba siempre un vestido de organdí amarillo; en la boca le brillaba un diente de oro. Con un cigarrillo en la mano y en la otra las bacinicas que recogía en los cuartos, se paseaba por los corredores como una reina.<sup>16</sup>

Estas líneas exactas dejan ver cómo ante los estímulos de un lugar distinto —¿contrario?— la pintora emprende un viaje interior que de manera inmediata la constituye y le consiente fincar una personalidad. A través de ésta se permite observar en una mucama de Veracruz a “una reina”; percibe cuidadosamente el “aspecto de la gente” y el resultado de efectuar esas contemplaciones, de reflexionar en torno a esa otra humanidad es lo que nos presenta en sus telas, donde la figura es el sistema de representación. Por eso Olga Costa no se ocupa, como lo puntualiza en reiteradas ocasiones, de representar los “grandes temas” regidores de la llamada Escuela Mexicana, sino que su visión es distinta. En su comprensión, el arte moderno debía resaltar distintos aspectos de la humanidad que no fueran los occidentales, como venía sucediendo por siglos, aunque su conciencia no estaba centrada en fincar un nacionalismo distintivo dador de identidad, sino en significar a esa “otra gente”. Esto le da a su obra un punto de vista diferente al de sus compañeros de generación, pues Olga Costa ve todo aquello desde una perspectiva distinta que la conecta con los artistas viajeros del siglo XIX y no completamente con los creadores modernos del México posrevolucionario. Desde esa perspectiva, podemos vincular sus obras al género de los tipos mexicanos; de tal estética se desprende su observancia y su calología.

Cuando llegó a México, Olga Costa era retraída; décadas después, en 1945, este rasgo era aún notorio. Jorge Juan Crespo de la Serna la describe en ese año de la siguiente manera: “Es una joven de raros ojos glaucos, de serenidad precoz, de continente fino y reposado, modesta, un poco tímida”.<sup>17</sup> Aunque su marido, José Chávez Morado, afirma que en 1935 ella ya tenía cierto salero:

Era yo rete pendejo, rete tímido, creo que ella me dio un beso antes que yo. Me pagaba las planillas del camión de ida y vuelta. [...] Yo fui el primer goim que entró a la familia Kostakowsky Fabricant, yo creo que son sefarditas. Olga me dijo “Ya vamos a casarnos”, yo con un miedo de los diablos, porque no se me había ocurrido que había que casarse algún día... Vivían en un departamento muy padre, porfiriano, de ladrillo, como las casas inglesas, en la calle de Versalles. Me recibió mi suegro, Jacobo Kostakowsky, el músico, un encanto. Nos sentamos a platicar y él me dijo que no tenía nada que objetar, que era Olga quien tenía que decidir. [...] También me dijo: “Sólo tengo que preguntarle algo: ¿No le pega usted a las

<sup>15</sup> Elena Urrutia, op. cit., p. 28.

<sup>16</sup> Verónica Espinosa, op. cit.

<sup>17</sup> Jorge Juan Crespo de la Serna, “Olga Costa”, en *Letras de México*, México, 1 de abril de 1945, p. 61